



A LA
SOMBRA
DE LAS
ESPADAS

EL NACIMIENTO
DEL ISLAM
Y EL AUGE
DEL IMPERIO ÁRABE

TOM HOLLAND

A la sombra de las espadas

El nacimiento del islam y el auge
del Imperio árabe

Tom Holland

Traducción de Ana Isabel Sánchez

Título original: *In the Shadow of the Sword. The Battle for Global Empire and the End of the Ancient World*

© Tom Holland, 2012

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: enero de 2014

Primera edición en esta presentación: septiembre de 2024

© de la traducción del inglés, Ana Isabel Sánchez, 2013

© Editorial Planeta, S.A. 2014

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2024

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Limpergraf

Depósito legal: B. 12.110-2024

ISBN: 978-84-1100-285-1

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Agradecimientos	11
I. INTRODUCCIÓN	
1. Conocidos desconocidos	19
II. JAHILIYYA	
2. <i>Iranshahr</i>	83
3. Nueva Roma	153
4. Los hijos de Abraham	235
5. Cuenta atrás hacia el Apocalipsis	295
III. HIJRA	
6. Más preguntas que respuestas	351
7. La forja del islam	427
Epílogo. ¿Lo mismo de siempre?	497
Cronología	503
<i>Dramatis personae</i>	507
Glosario	513
Notas	519
Bibliografía	561
Índice alfabético	597

Conocidos desconocidos

ENTRE DOS MUNDOS

Yusuf As'ar Yath'ar, un rey árabe célebre por su larga melena, su devoción y su gran crueldad, había sido derrotado. Para alejarse del hedor del campo de batalla, condujo a su caballo blanco salpicado de sangre hasta la mismísima orilla del mar Rojo. Sabía que, a su espalda, aquellos cristianos llegados de lejanas tierras estarían ya avanzando hacia su palacio... con la intención de adueñarse de su tesoro, de apresar a su reina. Lo cierto era que sus conquistadores no tenían razón alguna para mostrar clemencia hacia él. Entre los cristianos, pocas personas tenían peor fama que Yusuf. Hacía dos años, con el objetivo de asegurar el suroeste de Arabia para su propia fe, se había hecho con el baluarte regional de Najrán. Lo que había sucedido después era motivo de conmoción y horror para los cristianos incluso más allá de los límites de Himyar, el reino cercano al mar Rojo que Yusuf había gobernado de manera intermitente a lo largo de casi una década. Habían prendido fuego a la iglesia local, con el obispo y una enorme multitud de feligreses encerrados en su interior. Un grupo de vírgenes se había apresurado a unirse a ellos, arrojándose a las llamas mientras gritaba, en tono desafiante, cuán dulce era respirar «el aroma de los sacerdotes abrasados». ¹ Otra mujer, «cuyo rostro nadie había visto jamás fuera de las puertas de su casa y que nunca había caminado por la ciudad durante el día», ² se había arrancado el

pañuelo de la cabeza, lo mejor para reconvenir al rey. Yūsuf, arrastrado por la furia, había ordenado que asesinaran a su hija y a su nieta ante ella, que la obligaran a beberse la sangre de sus descendientes y que, finalmente, le cortaran la cabeza.

Ese tipo de martirios, por mucho que la Iglesia los festejara, no podían perdonarse con facilidad. Un gran ejército procedente del reino cristiano de Etiopía se había plantado en Himyar, como era de esperar. Los defensores habían sido acorralados, forzados a pelear y abrumadoramente derrotados. En aquel momento, con la espuma del mar Rojo lamiendo las pezuñas de su caballo, Yūsuf había alcanzado el final del camino. Ni siquiera su observancia de las leyes encomendadas al Profeta elegido de Dios había bastado para salvarlo de la destrucción. Lentamente, espoleó su caballo hacia delante; se enfrentó al agua hasta que, al final, arrastrado por el peso de su armadura, desapareció bajo las olas. Así pereció Yūsuf As'ar Yath'ar: el último rey judío que jamás reinaría en Arabia.

Es justo decir que el desmoronamiento del reino de los himyaritas en el año 525 d. J.C. no es precisamente uno de los episodios más conocidos de la historia antigua. A la propia Himyar, a pesar de haber prosperado a lo largo de aproximadamente seis siglos hasta su caída final bajo el gobierno de Yūsuf, le falta hoy en día el gran reconocimiento de una Babilonia, o una Atenas, o una Roma. Tal vez no se trate de algo tan sorprendente, ya que la Arabia meridional, entonces igual que ahora, ocupaba una posición claramente periférica respecto a los más importantes núcleos de la civilización. Es posible que incluso los propios árabes, a quienes los pueblos de territorios más asentados tendían a considerar unos brutos —«de todas las naciones de la tierra, la más despreciada e insignificante»—,³ miraran con recelo las supuestas barbaridades de la región. Los himyaritas, tal y como denunció un poeta árabe con tono sorprendido, dejaban a sus mujeres sin circuncidar «y no creen que comer langosta sea asqueroso».⁴ Un comportamiento que, sin duda, los alejaba bastante de los estándares de la decencia.

En cualquier caso, no parece que la geografía de Himyar sea lo único que permanece oculto entre las sombras. El período durante el que tuvo lugar la muerte de Yusuf es igual de oscuro. El siglo VI d. J.C. desafía cualquier tipo de clasificación. Da la sensación de hallarse entre dos épocas. Si mira atrás, hacia el mundo de la civilización clásica, también lo hace hacia delante, en dirección al mundo de las Cruzadas. Los historiadores lo clasifican, junto con los siglos anterior y posterior a él, como «Antigüedad tardía»: una expresión que transmite una idea de sombras alargadas, de proximidad de la Edad Media.

A cualquiera que esté acostumbrado a pensar en la historia como una sucesión de etapas cuidadosamente definidas y cerradas en sí mismas, esta situación le resulta un tanto inquietante. Como el científico de la clásica película de terror *La mosca*, que termina por convertirse en una combinación mutante de humano e insecto, el mundo de la Antigüedad tardía puede parecer, desde nuestra perspectiva, extrañamente híbrido. Mucho más allá de las fronteras del reino himyarita de Yusuf, los imperios levantados sobre antiquísimos cimientos continuaban dominando Oriente Próximo y el Mediterráneo, tal y como llevaban siglos haciendo. Sin embargo, su edad tan solo servía para subrayar la rapidez con la que estaban soltando las amarras de su pasado. Fijémonos, por ejemplo, en la región situada inmediatamente al norte de Arabia: el territorio que hoy en día conocemos como Iraq. Allí, a lo largo y ancho de las marismas que habían presenciado el amanecer de la civilización urbana, se debía lealtad a un rey que era, igual que lo había sido su predecesor hacía todo un milenio, persa. Sus dominios, como los del Imperio persa que había existido mil años antes, se extendían hacia el este hasta las fronteras de la India, y penetraban en el Asia Central. El esplendor de la corte que presidía, la magnificencia de sus rituales y la inmodestia de sus pretensiones: todo eso le habría resultado muy familiar a un rey de Babilonia. Sin embargo, los propios habitantes de Iraq habían olvidado casi por completo ese hecho. Se estaba propagando una amnesia que borraba recuerdos que habían pervivido durante milenios. Incluso los persas, lejos de venerar la verdad acerca de su gloriosa herencia imperial,

habían comenzado a ocultarla y distorsionarla. El legado de la incomparable historia de Iraq sobrevivió —preservado en las fantasías persas de dominio global y en las muchas glorias que daban crédito a tales fantasías—, pero poco a poco fue adquiriendo el aspecto no de una época acabada, sino de algo nuevo.

Otras superpotencias fueron menos descuidadas con sus respectivos pasados. Las grandes ciudades del Mediterráneo, construidas con piedra y mármol en lugar de con los bloques de adobe que prefería el pueblo de Iraq, eran menos propensas a desmoronarse y convertirse en polvo. Asimismo, el imperio que las gobernaba también lucía, en el año 525, una capa de venerable indestructibilidad. Los romanos debieron parecerles, incluso a los persas, algo primigenio. «Dios quiso —solían reconocer de vez en cuando, aunque con la boca pequeña— que desde el comienzo el mundo entero estuviera iluminado por dos ojos: concretamente, por los sabios mandatarios del reino persa y por el poderoso imperio de los romanos.»⁵ Sin embargo, los propios romanos, aunque —claro está— nunca se mostraron reacios a los halagos, eran más astutos. Más que creer que su imperio había existido desde el principio de los tiempos, eran perfectamente conscientes de que su grandeza había evolucionado a partir de la nada. Rastrear la trayectoria de esa evolución podría, en consecuencia, conllevar la revelación de los secretos de su éxito. Ya mientras Yusuf desaparecía entre las aguas del mar Rojo, en la capital del Imperio romano se estaban haciendo planes para desvalijar bibliotecas y archivos, un trabajo de erudición sin precedentes cuyo objetivo era preservar para toda la eternidad la vasta herencia legal latina. No se trataba de un proyecto árido, meramente especializado en libros antiguos. La historia, tanto como los ejércitos o el oro, había llegado a convertirse en una de las columnas del Estado romano. Le ofrecía al imperio la tranquilidad de ser precisamente lo que aseguraba ser: un modelo del orden humano. Entonces, ¿cómo iba a mantenerse el prestigio de César si no era a través del continuo pregonar de la triunfante Antigüedad romana?

Resulta obvio que el desafío para los hacedores de la política romana residía en que las glorias del pasado no les facilitaban,

necesariamente, una guía fiable para el futuro. No cabe duda de que el imperio continuó siendo lo que había sido durante casi un milenio: la superpotencia más formidable de todas. Más acaudalada y poblada que su gran rival persa, su dominio sobre el Mediterráneo oriental, siempre la mitad más rica, parecía seguro. César gobernaba sobre todo lo que había desde las montañas de los Balcanes hasta los desiertos de Egipto. No obstante, resultaba claramente embarazoso —por decirlo con elegancia— que lo que una vez había sido la mitad occidental de Roma hubiera dejado, ya en el año 525, de pertenecer siquiera a ella. A lo largo del siglo anterior, una inmensa franja de los dominios de Roma se había desmoronado por completo, como si de un castillo de arena golpeado por las olas de una nueva marea se tratara. Bretaña se perdió en una fecha tan temprana como 410. A lo largo de las décadas subsiguientes, la siguieron otras provincias. A finales del siglo v, toda la mitad occidental del imperio, incluida Italia, incluida la propia Roma, había desaparecido. En el lugar del venerable orden imperial surgió entonces un mosaico de reinos independientes. Todos ellos, a excepción de unos cuantos en el oeste de Bretaña, estaban gobernados por élites de guerreros que procedían de fuera de las fronteras del antiguo imperio. La relación que se establecía entre los nativos y esos «bárbaros» recién llegados variaba en cada reino: algunos, como los bretones, luchaban con uñas y dientes contra los invasores; otros, como los italianos, eran más dados a recibirlos como si fueran césares. Aun así, en todos y cada uno de los casos el colapso del imperio desembocó en la creación de nuevas identidades, nuevos valores, nuevas presunciones. A largo plazo, todo esto conduciría al establecimiento de un orden político radicalmente nuevo en la Europa occidental. Las abandonadas provincias de Roma nunca volverían a reconocer un solo señor.

El tiempo vería cómo los dos imperios de la época —tanto el persa como el romano— seguían el camino de Nínive y Tiro. No como los Estados establecidos en las provincias occidentales de Roma, algunos de los cuales todavía conmemoran en sus nombres modernos las intrusiones de los bandos de la guerra bárbara. No resulta sorprendente, en consecuencia, que tradicionalmente

los historiadores europeos hayan considerado la llegada de los francos a los territorios que terminarían por convertirse en Francia y de los anglos a la futura Inglaterra como acontecimientos de mucha más significación a largo plazo que las actividades de un César o de un rey persa. Ahora sabemos, al contrario que sus contemporáneos, que la ruina acechaba a ambos imperios rivales. Solo un siglo después de la caída del reino himyarita, las dos superpotencias ya estaban al borde del abismo. El hecho de que el Imperio persa terminara viniéndose abajo por completo mientras que el romano quedaba reducido a poco más que un desastre ha servido de manera habitual para designarlos como callejones sin salida, enfermos crónicos, dinosaurios. Qué tentador resulta suponer, entonces, que debieron de perecer de decrepitud y vejez. La tardanza de la Antigüedad tardía, para aquellos que solo buscan en ella un calamitoso arco de decadencia y caída, tiene la cualidad de los invitados a una cena que se niegan a coger sus abrigos una vez que la fiesta ha terminado.

Pero los imperios levantados por las gentes de la época no eran solo de este mundo. Por muy resplandeciente que un César pudiera aparecer ante sus súbditos, por más asombrosamente que descollaran sus palacios y ciudadelas sobre el común de los mortales, por muy implacables que fueran sus tropas de soldados, y de burócratas, y de recaudadores de impuestos, a la hora de cumplir su voluntad, aun así, él no era más que un mortal en un cosmos gobernado por un rey celestial. Tan solo existía un monarca universal... y ese era Dios. Esta presunción, en los tiempos en los que Yusuf se vio acorralado —a principios del siglo VI—, era algo prácticamente incontestable a lo largo y ancho de todo el territorio de Oriente Próximo —y afectaba a casi todos los aspectos de la geopolítica de la región—. Cuando Yusuf entró en conflicto con los invasores etíopes, había mucho más en juego que las mezquinas ambiciones de unos cuantos líderes militares peleados. También estaban estrechamente involucrados los intereses del cielo. Entre los que luchaban a favor de la causa judía y los que lo hacían en el nombre de Cristo, las diferencias eran tan profundas que, en realidad, eran irreconciliables. A pesar de que ambos bandos estaban seguros de que el dios al que adoraban era

el único —*monos theos* en griego—, esa convicción compartida tan solo conseguía que se enfrentaran de manera aún más implacable. No exclusivamente en el sur de Arabia, sino en general en todo el territorio del mundo civilizado, la devoción a un entendimiento concreto de lo divino se había convertido en una emoción que definía las vidas de millones y millones de personas. En una época en la que los reinos podían alcanzar su punto álgido y derrumbarse como la espuma de una ola, y en la que incluso los imperios más grandes podían tambalearse, estaba claro que no había poder mundano que pudiera inspirar tal lealtad. La identidad estaba comenzando a definirse no según los reinos de este mundo, sino de acuerdo con varios conceptos del único, el solo Dios: de acuerdo con los «monoteísmos».

Este desarrollo señaló una transformación de la sociedad humana con incalculables consecuencias para el futuro. De todas las características del mundo moderno cuyo origen puede rastrearse hasta la Antigüedad —los alfabetos, la democracia, las películas de gladiadores—, tal vez ninguna haya ejercido una influencia tan global como el establecimiento, por primera vez en la historia, de varios tipos de monoteísmo como religiones de Estado. Al comienzo del tercer milenio desde el nacimiento de Cristo, aproximadamente 3.500 millones de personas —más de la mitad de la población mundial— se identificaban con una u otra de las diferentes religiones que asumieron una forma muy similar a la moderna en los doscientos cincuenta años que precedieron o siguieron a la muerte de Yusuf. Por lo tanto, el período de la Antigüedad tardía, por desconocido que pueda resultar en comparación con otras épocas de la historia, no es menos relevante al respecto. En cualquier lugar en el que los hombres o las mujeres se inspiren en la creencia en un solo dios para pensar o comportarse de una forma concreta, se está demostrando su pertinaz influencia. El impacto de la revolución que presencié todavía reverbera hoy en día.

Este libro ambiciona rastrear los orígenes y el progreso de esa misma revolución. ¿Cómo es que las estructuras de pensamiento

de la gente llegaron a alterarse de una forma tan radical y tan duradera a lo largo de tan solo unos cuantos siglos? Esa historia es muy humana, pues está llena de intensos dramas, de personajes extraordinarios y, a menudo, intensos, y llenos de matices. No obstante, también le impone al historiador unas exigencias un tanto peculiares, puesto que la mayor parte de ella transcurre en una dimensión que supera lo físico. En esta historia aparecen reyes, pero también ángeles; líderes militares, pero también demonios. En consecuencia, no todos los sucesos que se narran en las páginas que siguen pueden explicarse en términos de puro egoísmo material o cálculo político. Seguir de cerca el con frecuencia brutalmente vívido mundo de los asuntos mortales es una dimensión iluminada por el cielo y perseguida por la condenación. No cabe duda de que cuando los contemporáneos de Yusuf analizaron su caída, no fueron ingenuos en su estudio. Reconocieron que, tras todo aquello, se escondían complejos asuntos de política comercial y las rivalidades de las dos lejanas superpotencias. Sin embargo, nunca dudaron de que las arenas de Arabia se hubieran convertido en el escenario de un auténtico drama celestial. Las fuerzas del cielo y el infierno se habían encontrado y enfrentado. Era cuestión de opinión decidir si Yusuf se hallaba en el bando de los ángeles o en el de los demonios; pero ni los judíos ni los cristianos tenían duda alguna respecto a que lo ocurrido procedía de Dios en última instancia. Esta era la asunción nuclear de la época; y una historia de la Antigüedad tardía que no le conceda a dicha idea el reconocimiento que merece es una historia que ha fracasado.

Por lo tanto, las creencias del período deben ser tratadas tanto con seriedad como con empatía. Sin embargo, eso no quiere decir que lo que afirman deba tomarse totalmente al pie de la letra. A principios del siglo iv, un obispo palestino que respondía al nombre de Eusebio escribió una historia de la Iglesia temprana. Con ella inició una tradición de investigación histórica que explicaba el pasado como si fuera el índice de Dios el encargado de trazar estructuras sobre el tiempo. Esta suposición, aunque tremendamente influyente, y no solo entre los autores cristianos, dejó de estar de moda en Occidente hace varios siglos.

Con independencia de cuáles sean sus convicciones religiosas personales, los historiadores modernos no suelen explicar los acontecimientos pasados como actividades de la divina providencia. Ahora se cree que todos los aspectos de la sociedad humana —incluso las propias creencias— son productos de la evolución. Esta perspectiva tampoco es exclusivamente moderna. El mismo Eusebio, mil quinientos años antes que Darwin, había reconocido en ella una herejía perniciosa y muy amenazante. Nada le resultaba más alarmante al obispo palestino que la idea propagada por los enemigos de su fe de que esta era algo advenedizo y contingente, un simple eco distorsionado de otras tradiciones más venerables. Su historia, muy lejos de rastrear las transformaciones de las doctrinas e instituciones de la Iglesia, tenía como objetivo demostrar que estas nunca habían cambiado en lo más mínimo. ¿Y la propia cristiandad? La cristiandad, presumía Eusebio, había existido desde el amanecer de los tiempos: «Pues, obviamente, debemos considerar la religión que durante los últimos años se les ha revelado a todas las naciones a través de las enseñanzas de Cristo como la primera, la más antigua, y la más primitiva de las religiones.»⁶

Hoy en día, para muchos de nosotros, dado que conocemos los yacimientos funerarios neandertales y el arte rupestre de los cromañones, esa afirmación no nos resulta obvia en absoluto. No obstante, la asunción subyacente —que las religiones poseen algún tipo de esencia misteriosa y fundamental, inmune a los efectos del tiempo— continúa dándose por garantizada de forma casi general. En gran parte, esto se debe a Eusebio y a otros similares a él. La gran novedad de la Antigüedad tardía fue crear, a partir de lo que de otro modo podría haber sido una rudimentaria mezcla de creencias y doctrinas, plantillas individuales para religiones individuales y después establecerlas como definitivas. El proceso mediante el que se consiguió es un relato fascinante y extraordinario, ya que toca la política más elevada y las emociones humanas más profundas. El enfrentamiento de grandes imperios y la miseria de los esclavos; el resplandor de los mosaicos y el hedor de las fosas comunes en las que se enterraba a los fallecidos por la peste; el clamor de las ciudades abarrotadas y el si-

lencio de los desiertos vacíos: todo ello debe aparecer. Esta historia comienza en un mundo evidentemente antiguo y termina en uno medieval, así que se considera una transformación tan trascendente como cualquier otra de la historia.

Y sin embargo, pese a todo ello, esta historia es traicionera de contar. En parte, esto se debe a los inevitables vacíos y contradicciones de los que están plagadas las fuentes de todos los períodos de la historia antigua. Consideremos, por ejemplo, el relato de la muerte de Yusuf. Hay varias noticias que dicen que, en lugar de cabalgar hacia el mar, cayó en el fragor de la batalla. Todavía más problemática es la parcialidad de nuestras fuentes —la mayor parte de las cuales son cristianas—. * Incluso la cronología es un embrollo, puesto que algunos historiadores fechan la muerte de Yusuf no en el año 525, sino en el 520. Se puede pensar que todos estos problemas son meramente cuestiones de detalle... Si no fuera porque hay una complicación adicional mucho más importante. En cualquier historia que examine el desarrollo de los monoteísmos rivales, es inevitable utilizar palabras como *cristiano* y *judío*; y, sin embargo, tal y como sugiere la historia de Yusuf, en la Antigüedad tardía esos términos no significaban necesariamente lo que han llegado a significar hoy. Una narración que cuente la persecución, por parte de un rey judío, de las mujeres cristianas cubiertas por velos en Arabia está claramente situada en un mundo a cierta distancia del nuestro.

Por este motivo, la historia de la Antigüedad tardía es mucho más extraña y sorprendente de lo que podría parecer en un primer momento. En verdad, es precisamente el hecho de que tuvieron tanto éxito a la hora de ocultar su asombrosa creatividad lo que nos da la talla de los que la modelaron hasta lograr un efecto tan asombroso. En todos los períodos, claro está, hay personas que trabajan para volver a redactar el pasado al servicio del presente; pero tal vez nadie lo haya hecho con tanto ahínco, o hasta

* Contamos con tres inscripciones breves, pero contemporáneas, que nos ofrecen la versión himyarita de la historia. Tal vez no suponga una gran sorpresa el que en ellas se acuse a los cristianos de Najrán de lo que hoy podríamos describir como terrorismo.

un nivel tan increíble, como los historiadores de la Antigüedad tardía. El logro supremo de los eruditos judíos y cristianos de la época fue crear una historia de sus respectivas fes que les asignara a ellos el papel de su legítima e inevitable culminación y dejara fuera del conjunto del relato cualquier cosa que pudiera haber servido para contradecir tal impresión. Con independencia de quién pudiera haber sido Moisés en verdad, e incluso de si existió en realidad, la concepción que hoy en día tienen de él la mayor parte de los judíos se ha visto tremendamente influida por los rabinos de la Antigüedad tardía: hombres muy cultos e ingeniosos que dedicaron siglos completos de esfuerzos a demostrar que su más importante profeta —sin importar cuán alejado de ellos estuviera en el tiempo— había sido en verdad una persona muy similar a ellos mismos. De igual forma, con independencia de lo que el propio Jesús creyera que era él en realidad, la visión cristiana de su misión y de su divinidad, tal y como la enseña hoy la vasta mayoría de las iglesias, da testimonio del turbulento flujo y reflujo de la política tardorromana: de los exhaustivos esfuerzos de obispos y emperadores por generar un credo que pudiera unir a todos los pueblos de Dios como uno solo. La arquitectura esencial del judaísmo y del cristianismo, independientemente de lo atrás en el tiempo que puedan remontarse sus orígenes últimos, fue diseñada en la Antigüedad tardía.

Solo la fe —o la falta de ella— puede responder en última instancia las grandes preguntas que se encuentran en el núcleo de esas religiones: si los judíos son realmente el Pueblo Elegido de Dios, y si Jesús volvió en verdad de entre los muertos. No obstante, también podría decirse más o menos lo mismo de otros rompecabezas: cómo y por qué comenzó a evolucionar la creencia de los judíos en un solo dios, o cuál podría haber sido la gama completa de las doctrinas de la Iglesia temprana. El historiador es capaz de entrever algunas de las chispas que prendieron las llamas de la práctica judía y cristiana al principio, pero muchas otras son imposibles de vislumbrar. «Ahora vemos por espejo, oscuramente...»* Y ese espejo, en líneas ge-

* Versículo de la Biblia, I Corintios 13, 12. (*N. de la T.*)

nerales, lo crearon los hombres y mujeres que protagonizan este libro.

Cierto: la paradoja de que la veneración de un pasado primordial pudiera terminar por desembocar en su propio enmascamiento o incluso en su completa destrucción apenas resultaba novedosa. Muchos mecenas acaudalados del mundo antiguo alardearon de su devoción erigiendo un edificio colosal sobre un santuario modesto. Los eruditos judíos y cristianos de la Antigüedad tardía, sin embargo, gracias a la mera fuerza de sus trabajos, consiguieron llevar a cabo una hazaña de renovación infinitamente más duradera. Su máximo logro fue crear una interpretación no solo de sus variadas formas de monoteísmo, sino también de la propia religión: una interpretación que hoy en día miles de millones de personas consideran la influencia suprema que afecta tanto a su comportamiento en este mundo como al destino eterno de sus almas. Es esto lo que convierte el proyecto de pasar por el tamiz los escritos de la Antigüedad tardía en busca de pruebas de lo que podría haber ocurrido en realidad en algo tan delicado... y tan fascinante al mismo tiempo.

No hace falta decir que un proyecto así no debe tomarse a la ligera. Teniendo en cuenta la complejidad y la ambigüedad que caracterizan estas fuentes, la historia que da argumento a este libro tampoco puede narrarse sin ofrecer una explicación previa de cómo y por qué se está contando de esta manera.

Ese es el motivo por el cual, antes de embarcarme en esta tarea, hago una pausa para relatar algo bastante distinto: la creación de una historia.

LA HISTORIA MÁS FABULOSA JAMÁS CONTADA

Los ganadores eran los favoritos del cielo. Incluso los cristianos —cuyo dios había muerto como un criminal convicto, clavado en una cruz de madera— podían sucumbir a tal asunción. Desde luego, Eusebio la daba por cierta. ¿Cómo podría no haberla considerado verdad teniendo ante sí el espectáculo de un Estado romano que durante siglos se había visto salpicado de sangre

cristiana milagrosamente convertido en baluarte de la Iglesia? El César que inclinó la cabeza ante Cristo por primera vez no tuvo necesidad de esperar a estar muerto para recibir la recompensa que le correspondía. Eusebio, en quien convergían los talentos de un polemista instintivo y una marcada propensión hacia la veneración de los héroes, escribió una biografía completa del emperador para asegurarse de que aquello le quedaba claro a todo el mundo. «Tan querido era de Dios, y tan bendito, tan piadoso y tan afortunado en todo lo que emprendía, que con gran facilidad se hizo con autoridad sobre más naciones que cualquiera de sus predecesores... e incluso retuvo su poder, inalterado, hasta el mismo fin de sus días.»⁷

La confianza en esta receta —que la fe en Cristo desembocaría en la gloria terrenal— sufriría bastantes varapalos a lo largo de los siglos subsiguientes. Curiosamente, cuanto más cristianos se tornaban los romanos, más parecían contraerse las fronteras de su imperio. Los teólogos concibieron varias explicaciones para ese fenómeno tan sorprendente —elucidaciones que a los cristianos, que tan solo tenían que estudiar los Evangelios para descubrir las opiniones de Jesús sobre lo terrenal y lo presuntuoso, bien podrían haberles resultado perfectamente convincentes—. Sin embargo, la ecuación central que con tanto esmero había enfatizado Eusebio —que Dios otorgaba la grandeza terrenal a aquellos que le complacían— parecía demasiado plausible en conjunto como para rechazarla sin pensárselo dos veces. En cambio, cuanto más envueltos se veían los romanos en una lucha desesperada por la supervivencia, más se apropiaba de ella un nuevo y asombrosamente advenedizo pueblo imperial. La identidad de esos mismos conquistadores, que no solo habían privado a los romanos de sus provincias más ricas, sino que también habían machacado a los persas, difícilmente podría haber supuesto una sorpresa mayor para los vencidos. De hecho, lo que ocurrió resultó tan inesperado, tan boquiabiertos los dejó, que incluso dio la impresión de ser un milagro evidente. ¿Qué otra cosa que no fuera la intervención de Dios podría explicar la conquista del mundo por parte de un pueblo anteriormente menospreciado como el *súmmum* del salvajismo y el retraso: los árabes?

Medio milenio después de los tiempos de Eusebio, a comienzos del siglo IX cristiano, la estrecha identificación entre la devoción y el poder terrenal trazada por los eruditos todavía gozaba de una espectacular tracción. Puede que los propios cristianos hubieran pasado a sentirse incómodos con la idea; pero ese no era el caso de los árabes, quienes se regocijaban en la creciente convicción de que todas sus asombrosas victorias se debían directamente al favor de Dios. Dos siglos antes, así lo creían ellos, el cielo había honrado a sus ancestros con un torrente de revelaciones sobrenaturales: un designio divino que arrasaba los de los judíos y los cristianos y que había situado a todos los que se sometían a él en el camino hacia el imperio global. De hecho, ochocientos años después del nacimiento de Cristo, la mayor parte de los árabes ya se llamaban a sí mismos *musulmanes*, «los que se someten a Dios». La vasta aglomeración de territorios ganados gracias a las espadas de sus antepasados, que se extendía desde las orillas del Atlántico hasta los límites de China, representaba el máximo monumento a lo que Dios había exigido de ellos: su sometimiento. Lo llamaban *islam*, epítome de lo que, a comienzos del siglo IX, ya se había convertido en toda una civilización.

Pero los árabes no eran los únicos a los que la llegada del islam había otorgado una nueva y poco frecuente dignidad. También la había recibido su lengua. Los musulmanes creían que Dios había empleado el arábigo para revelarles a la humanidad, contundentemente y para siempre, sus propósitos. Sobraba decir que lo que era lo bastante bueno para el Todopoderoso era lo bastante bueno para los mortales. Alrededor del año 800 d. J.C., el arábigo se había redimido de tal manera del desdén con que se lo había considerado en otra época, que sus sonidos habían llegado a equipararse con la música del poder, y sus cursivas con objetos de suma belleza, refinadas hasta alcanzar una extraña y exquisita perfección por medio del arte de sus calígrafos. Entre los árabes, la palabra escrita estaba a punto de convertirse en una obsesión. Un estudioso que murió en 822 dejó tras de sí una biblioteca que ocupaba nada más y nada menos que seiscientos baúles. Se comentaba que otro había quedado hecho papilla cuando se le cayó encima una torre de libros durante una borra-

chera. La historia no parece del todo inverosímil. Se dice que un volumen de historia árabe casi alcanzaba las ochocientas páginas —las cuales, no cabe duda, habrían supuesto un peso aplastante—. Está claro, en consecuencia, que un pueblo que podía vanagloriarse de tan titánicos esfuerzos literarios estaba muy lejos de una época en la que lo habían tildado de bárbaro, tal y como los árabes gustaban destacar.

La sensación de compulsión que aportaban al estudio de su pasado apenas resultaba sorprendente. El ansia por comprender la razón del espectacular aumento de sus fortunas, por esclarecer el proceso mediante el que se había producido y por dilucidar lo que aquello revelaba en cuanto al carácter de su Dios, nunca dejó de aguijonear. Al igual que, quinientos años antes, Eusebio había buscado respuestas a preguntas muy similares en la vida de un emperador romano, también Ibn Hisham —un erudito procedente de Iraq quien, a principios del siglo IX, se había instalado en Egipto— se centró entonces en la biografía para entender los propósitos del cielo. A su género elegido le asignó el nombre de *sira*, «comportamiento ejemplar». A Ibn Hisham le preocupaba menos lo que había hecho su sujeto que cómo lo había hecho. Hay un motivo apremiante para ello. Los musulmanes creían que el héroe de la biografía de Ibn Hisham constituía el modelo de conducta definitivo. Dios lo había elegido para que fuera su portavoz. A través de él, el Todopoderoso había revelado sus deseos a los árabes y los había honrado con aquellas mismas revelaciones que los habían inspirado con anterioridad, dos siglos antes de los tiempos de Ibn Hisham, para surgir de sus desiertos y hacer pedazos a las superpotencias del mundo. «Somos los ayudantes de Dios y los asistentes de su Profeta, y combatiremos a los hombres hasta que crean en Dios; y aquel que cree en Dios y en su Profeta ha protegido su vida y propiedades de nosotros; y contra aquel que no crea lucharemos en Dios incesantemente, y matarlo será una nimiedad para nosotros.»⁸ Este, de acuerdo con Ibn Hisham, era el jactancioso manifiesto auspiciado por los guerreros árabes la víspera de su conquista del mundo.

Pero ¿quién era exactamente ese «Profeta»? El objetivo de Ibn Hisham era proporcionar la respuesta a tal pregunta. Asentado en

Egipto, rodeado por las ruinas de civilizaciones olvidadas y desbancadas, consideraba que su *sira* no era una simple biografía, sino un relato de la revolución más trascendental de la historia. Su sujeto era un hombre que había fallecido tan solo dos años antes de que comenzara el desmembramiento de los imperios romano y persa: un árabe que respondía al nombre de Mahoma. A la edad de cuarenta años, y con una modesta carrera como mercader a sus espaldas, había experimentado —si debemos creer a Ibn Hisham— la crisis de la mediana edad más significativa de la historia. Inquieto e insatisfecho, había comenzado a vagar por el páramo que se extendía más allá de su ciudad natal, «y ni una sola piedra o árbol ante el que pasara dejaba de decirle: “La paz sea contigo, oh Profeta de Dios”». ⁹ Mahoma, como es comprensible, se puso muy nervioso. No solían oírse voces en los lugares por los que elegía merodear durante su solitaria búsqueda de la iluminación espiritual. La Meca, la cercana ciudad, se erigía en las profundidades del desierto Árabe: el anillo de montañas que lo rodeaba, teñido de negro por el implacable sol, se elevaba yermo, azotado por el viento y vacío. Sin embargo, fue en la ladera de una de esas montañas, tendido por la noche en el interior de una cueva, donde Mahoma oyó la voz más alarmante de todas. Al principio la sintió como un torno que se tensaba alrededor de su cuerpo: la opresión de una aterradora entidad sobrenatural. A continuación oyó una única orden: «¡Recita!»* Entonces, como si sus palabras fueran una exhalación de aire desesperada y violenta, el propio Mahoma comenzó a balbucir versos completos:

Recita: ¡en el nombre de tu Señor!
 ¡El Creador!
 Él creó al hombre a partir de un coágulo de sangre.
 ¡Recita! Tu Señor es muy generoso.
 Él enseñó con la pluma.
 Él le enseñó al hombre lo que no sabía.¹⁰

* O, tal vez, «¡lee!». Según Ibn Hisham, la recitación apareció ante Mahoma bajo la forma de escritura en un cobertor brocado.

Mahoma hablaba, pero aquellas palabras no eran suyas. ¿De quién eran, entonces? Se dice que el propio Mahoma, en un primer momento, sospechó de un *jinn*, un espíritu de los desiertos y los vientos. Quizá no fuera algo sorprendente. La Meca era, de acuerdo con Ibn Hisham, un lugar atestado de brujas y plagado de demonios. Justo en el centro de la ciudad se erigía un santuario hecho de piedra y barro —la Kaaba o «cubo»— en el que se acuclillaba toda una multitud de dioses temibles, tótems con un poder tan siniestro que todos los hombres de Arabia se reunían en torno a ellos para presentarles sus respetos. Además de con estos, todo hogar de La Meca contaba con su propio ídolo privado: allí estaba, para restregarse contra él para que proporcionara suerte antes de emprender un viaje. Los mecanos eran tan empedernidamente paganos que incluso ofrecían sacrificios a las rocas; entre ellas se encontraba una pareja de antiguos amantes que habían osado mantener relaciones sexuales en la Kaaba, por lo que fueron convertidos de inmediato en piedras. Era completamente lógico, entonces, que en una ciudad tan fantasmagórica, tan impregnada de sangre y magia, los clarividentes fueran una presencia común que se revolcaba en la suciedad de sus estrechas calles mientras vomitaba revelaciones, poseída por *jinn* instalados en lo más profundo de sus entrañas. Tal era el pavor de Mahoma a que quizá él estuviera sufriendo un destino idéntico que incluso pensó en quitarse la vida. Tras ponerse en pie, abandonó la cueva y salió a trompicones hacia la noche. Se apresuró montaña arriba. De camino hacia la cumbre, se preparó para lanzarse desde la cúspide, para estrellarse contra las rocas.

Pero entonces regresó la voz: «¡Oh, Mahoma! Eres el apóstol de Dios y yo soy Gabriel!» ¿Sería cierto aquello? Gabriel era un ángel poderoso, el mensajero del único Dios que veneraban los judíos y los cristianos, quien, en tiempos remotos —o eso se decía— le había mostrado visiones al profeta Daniel, y le había dicho a la Virgen María que daría a luz a un hijo. Elevando la mirada hacia el cielo, Mahoma vio la figura de un hombre, sus «pies a horcajadas sobre el horizonte».¹¹ ¿Quién podría ser sino el propio ángel? Al descender de la montaña, mientras buscaba el consuelo de su esposa y reflexionaba acerca del tremendo trauma que había expe-

rimentado, Mahoma se atrevió a considerar una posibilidad verdaderamente asombrosa: que la voz hubiera dicho la verdad. No volvería a oírla a lo largo de los dos años siguientes... pero cuando Gabriel regresó al fin y se rompió el silencio, Mahoma no tuvo duda de que lo que estaba oyendo, por gentileza del ángel, eran las auténticas palabras de un dios. Y no precisamente de cualquier dios, sino del único Dios, del Dios verdadero, el Dios indivisible. «No hay más dios que Él, Creador de todas las cosas.»¹²

Aquí, en esta rígida afirmación de que tan solo existía una única divinidad, residía la clave para una visión descarnadamente nueva del universo: el monoteísmo al desnudo. Con cada sucesiva revelación, la comprensión por parte de Mahoma de la unicidad de Dios —y de lo que se le debía como resultado— adquiriría un lustre todavía más asombroso. El pueblo de Arabia —con sus ídolos de piedra, o de madera, o de dátiles mezclados con mantequilla rancia— se estaba limitando a repetir lo que había sido, desde el comienzo de los tiempos, el error más grande de la humanidad: que los cielos y la tierra estaban abarrotados de toda una ingente turba de dioses. Así pues, Mahoma, al que Gabriel había ordenado que «proclamara en voz alta»¹³ las revelaciones de Dios, comenzó a predicar. La humanidad había sucumbido una y otra vez, advirtió, al único pecado que no podía perdonarse: *shirk* —la creencia en que Dios puede ser asociado con otros seres—. Sin embargo, una y otra vez, debido a su gran misericordia, «el Señor de los Mundos»¹⁴ había enviado a los profetas para abrir los ojos a la gente ante esa locura y para reunirlos de nuevo en el primordial camino de la verdad. Noé y Abraham, Moisés y Jesús: todos habían predicado un único e idéntico mensaje, una llamada al sometimiento a Dios. En aquel momento parecía que, con las revelaciones que se le ofrecían a Mahoma en mayor número y extensión cada vez, había surgido, seis siglos después de Jesús, un nuevo profeta. En realidad, el mismísimo «Sello de los Profetas».¹⁵ A medida que los años iban pasando y que lo divino continuaba hablando a través de él, Mahoma y su creciente grupo de seguidores comenzaron a darse cuenta de que él era el receptor del supremo mensaje: la definitiva revelación de Dios.

Pero no todo el mundo estaba de acuerdo. «La profecía —tal y como Ibn Hisham observaría sabiamente— es una carga difícil. Solo los mensajeros fuertes y decididos pueden soportarla, gracias a la ayuda y la gracia de Dios, debido a la oposición por parte de los hombres con la que deben enfrentarse cuando tratan de transmitir el mensaje de Dios.»¹⁶ Y eso era decirlo con delicadeza. Al principio, los conciudadanos de Mahoma lo consideraron una diversión; después, una provocación; y, al final, un peligro mortal. Su rígido mensaje indignó particularmente a los miembros de su propia tribu, a los que se conocía como *quraysih* (quraysíes): un consorcio de clanes que disfrutaba desde hacía mucho tiempo de un peculiar respeto entre las diseminadas tribus de Arabia. El prestigio que poseían como «pueblo de Dios» reflejaba el lucrativo papel que los quraysíes se habían reservado para sí como los guardianes de la Kaaba y su multitud de ídolos: un papel que Mahoma, con su loca cháchara acerca de la existencia de un solo dios, parecía decidido a sabotear.* La predecible consecuencia fue que La Meca fue transformándose en un lugar cada vez más peligroso para el Profeta y sus seguidores. Ya en 622 d. J.C., doce años después de que la primera revelación hubiera descendido del cielo, la amenaza afectaba de forma directa a sus vidas. Una noche, Gabriel se apareció ante el Profeta y le avisó de que los quraysíes planeaban asesinarlo mientras dormía: había llegado el momento de marcharse. Siguiendo los pasos de sus seguidores, muchos de los cuales ya habían abandonado La Meca, Mahoma, obedientemente, se escabulló de la ciudad y desapareció en mitad de la noche. Aquel momento estaba previsto desde hacía mucho tiempo: el Profeta no se estaba embarcando en una huida sin rumbo fijo a través de las remotas tierras del desierto, sino más bien en una migración planeada con meticulosidad... una *hijra*.

* Esta tesis, que la religión de Mahoma suponía una amenaza para el oficio de los quraysíes como guardianes de la Kaaba, no se menciona de manera explícita en ningún lugar de la tradición musulmana, pero se da por cierta universalmente en las biografías modernas, occidentales, del Profeta.

Una fuga que terminaría por verse, a su debido tiempo, como algo que transformó todo el orden cronológico. El año en el que tuvo lugar aún es, hasta hoy, el año 1 para los musulmanes. Las fechas de su calendario continúan definiéndose como AH o *anno hegirae*: «En el año de la hégira.» Para Ibn Hisham, el episodio más trascendente de la vida de Mahoma no fue su primera revelación, sino su salida de La Meca. Ya no era un simple predicador, y se había embarcado en una espectacular serie de hazañas de la que surgiría, a su debido tiempo, como el líder de todo un nuevo orden político. Su destino, un oasis al norte de La Meca conocido como Yathrib, tenía una desesperada necesidad de una mano conductora. Las tribus que vivían allí, una inestable mezcolanza de pobladores judíos y árabes, eran, desde hacía mucho tiempo, grandes entusiastas de las contiendas salvajes; pero, cada vez con mayor frecuencia, como la espiral de violencia aumentó hasta escapar al control, muchos fueron cansándose del constante derramamiento de sangre. En Yathrib crecía la presión para encontrar un pacificador. Alguien neutral, alguien digno de confianza, alguien con autoridad. Alguien tal vez —solo tal vez— con una conexión directa con Dios. En resumen, Mahoma, un profeta necesitado de amparo, y Yathrib, una ciudad necesitada de un profeta, difícilmente podrían haber encajado mejor. Una unión creada literalmente en el cielo, como Ibn Hisham elegiría presentarlo.

El hecho de que incluso el propio nombre de Yathrib desapareciera del mapa nos señala la importancia de lo que Mahoma consiguió en última instancia en dicho emplazamiento. El destino, y la gloria eterna, del oasis que le había ofrecido refugio fue ser recordado como la «Ciudad del Profeta» o *Madinat an-Nabi*: Medina. Mahoma pasaría allí el resto de su vida, construyendo una sociedad que ha sido el modelo a seguir para los musulmanes desde entonces. El reproche que el Profeta les lanzó a los que vivían de acuerdo con la criminal ética del desierto fue airado y claro. Amar el oro «con un amor desorbitado»,¹⁷ robar a los huérfanos y dilapidar su herencia, y deshacerse de las hijas indeseadas enterrándolas vivas bajo las arenas del desierto era, según advertía Mahoma, condenarse al fuego eterno. «A aquellos que oprimen a la gente y que pecan en la tierra injustamente se les

exigen responsabilidades. Para ellos hay dolorosos tormentos.»¹⁸ Ante la apabullante infinitud de Dios, entronizado sobre su silla del Juicio, incluso el jefe de tribu más altanero o alborotador no pasaba de ser la más insignificante mota de polvo. Las belicosas tribus de Yathrib, abrumadas por la marea creciente de las revelaciones de Mahoma, se dieron cuenta de que sus antiguos antagonismos y sus viejas lealtades se iban desvaneciendo entre la urgencia y la grandeza de su mensaje. Aun así, al Profeta, a pesar de que iba controlando la adicción de las tribus a los más tradicionales placeres del chovinismo, jamás se le pasó por la cabeza negarles su sentido de comunidad. Todo lo contrario. Aunque no cabe duda de que Mahoma terminó por llevar la paz a su oasis y refugio, tal y como se le había invitado a hacer, difícilmente puede considerarse que la paz fuera el límite de lo que les aportó. A las gentes de Yathrib se les ofreció algo más, mucho más: una identidad radicalmente nueva, forjada a partir de los átomos sobrantes de su pulverizado orden tribal. Una identidad como pueblo único... como miembros de una sola *umma*.

Puede que Mahoma fuera el Sello de los Profetas, pero no despreció la fundación de un Estado terrenal. Dios continuó hablándole. Su autoconfianza no se debilitó. Los obstáculos que se encontraba en el camino eran apartados o pisoteados. Cuando la distancia entre los ricos y los pobres —grieta que ofendía a Mahoma en lo más profundo de su ser—, continuó sin estrecharse, prohibió sumariamente la usura y estableció un sistema tributario equitativo. Cuando los judíos de Yathrib, desconcertados ante la transformación de su patria en la Ciudad del Profeta, se atrevieron a ejecutar maniobras en su contra, fueron o bien expulsados, o bien esclavizados, o bien masacrados. Cuando los quraysíes, advertidos de que Mahoma planeaba asaltar una de sus caravanas, enviaron una escolta militar hacia las profundidades del desierto, el Profeta y su minúsculo grupo de seguidores se enfrentaron a ella junto a un estanque llamado Badr y la sometieron a una humillante derrota. Los ángeles, «con sus turbantes blancos ondeando al viento tras ellos»,¹⁹ titilaban en el cielo sobre el campo de batalla mientras hacían relumbrar sus ardientes espadas y saltar por los aires las cabezas de los *quraysh*.

Sin embargo, la señal más espectacular e irrefutable del favor de Dios fue el hecho de que, en no más de una década, Mahoma pasara de ser un refugiado a convertirse en el señor fáctico de Arabia. Lideró veintisiete campañas en total, de acuerdo con Ibn Hisham; y, si en alguna ocasión se produjo una derrota, si los ángeles —en general— decidieron no combatir, tal y como habían hecho en Badr, sino más bien servirle de reserva, entonces, puede que, debido a ello, su triunfo definitivo tan solo pueda considerarse todavía más extraordinario. Para el año 632, tradicionalmente estimado como la fecha de la muerte de Mahoma, el paganismo se había visto arrinconado en todos los lugares de Arabia. El momento más dulce de todos había sido la conquista, dos años antes, de la mismísima ciudad de La Meca. Al irrumpir en su ciudad natal, Mahoma había dado la orden de que la Kaaba fuera despojada de sus dioses. Se había encendido una hoguera enorme. Los ídolos derrocados habían sido arrojados a las llamas. El diablo, reuniendo a su progenie en torno a él, había gritado lleno de aflicción: «¡Abandonad toda esperanza de que la comunidad de Mahoma vuelva en algún momento a *shirk* después de este, su día!»²⁰ Bien podría haber aullado. Al fin habían sometido el venerable santuario, aquel supremo bastión del paganismo, a la debida rendición: al *islam*. La consagración de La Meca al servicio del único Dios verdadero, no obstante, distó mucho de suponer una innovación. Lo que Mahoma había hecho, así se lo confesó a sus seguidores, era restaurar el santuario a su estado primigenio y prístino. «Dios hizo La Meca sagrada el día en que creó el cielo y la tierra. Es el sanctasanctorum hasta el día de la resurrección.»²¹

Esa convicción, incluso en los lóbregos días que siguieron a la muerte de Mahoma dos años después, suponía un gran consuelo para los fieles. Les sugería que Dios no los había abandonado. Pese a la muerte de su Profeta, Arabia continuó transfigurada por la quietud sagrada. No fue solo La Meca, «el sanctasanctorum», lo que resistió sobre la faz de la tierra. También lo hizo la *umma* —y para la mayor gloria de todo lo que había enseñado el Profeta—. A lo largo de los siguientes años, las siguientes décadas, los siguientes siglos, el pueblo musulmán serviría para hacer

del mundo entero una Kaaba: conquistada, depurada y santificada. Para cuando Ibn Hisham se sentó a escribir su biografía, ya no eran únicamente los árabes los que miraban hacia La Meca mientras rezaban. Se veía a extraños pueblos de los que es posible que el Profeta no hubiera oído hablar jamás —visigodos y bereberes, sogdianos y partos— caminando sobre la arena de Arabia: peregrinos con destino a la Kaaba. A pesar de que Ibn Hisham no mencionó ese fenómeno en su *sira*, no faltaron eruditos ansiosos por relatar las extraordinarias conquistas, muy lejos de las fronteras de Arabia, que habían seguido a la muerte del Profeta. Ese entusiasmo no resulta sorprendente. Ya allá por los locos días de su paganismo, nada les gustaba más a los árabes que un poco de vociferante fanfarroneo, ya fuera acerca de una heroica proeza de armas, de algún conmovedor acto de bandolerismo o de alguna gloriosa humillación infligida a un rival. Eso sí, cuando hacían sonar sus trompetas, era siempre por la causa de Dios. Desde Badr a los confines del mundo, la historia del islam se había caracterizado por los triunfos militares arrasadores. Se habían capturado ciudades infinitamente más grandes que La Meca; pueblos infinitamente más poderosos que los quraysíes se habían visto obligados a doblar la cerviz. La magnitud de esas victorias, obtenidas frente a imperios antiguos y religiones venerables, proporcionaba, sin duda alguna, todas las pruebas que cualquiera pudiera necesitar respecto a la verdad de las afirmaciones del Profeta: «Es una señal de que Dios nos ama —como dijo un árabe jubiloso— y está satisfecho con nuestra fe, a saber: que nos ha concedido el dominio sobre todos los pueblos y religiones.»²²

Y, sin embargo, la ansiedad siempre estaba presente. Incluso entre las riquezas y el esplendor de un gran imperio, inmenso hasta límites posiblemente inimaginables para Mahoma, el pueblo musulmán era incapaz de librarse de una incómoda sensación de decadencia propia. Solo había transcurrido una generación desde que Ibn Hisham acabara su biografía, cuando el erudito que terminaría aplastado hasta la muerte bajo sus libros, un asombroso sabio que respondía al nombre de Al-Jahiz, era capaz de interpretar todo el triunfante curso de la historia

del islam como si no representara más que una caída agonizante. Tan solo había existido una única y verdadera edad de oro. Los que habían oído hablar al Profeta de verdad, los que habían cabalgado a su lado, los que lo habían servido como sus *sahabah* o «compañeros»: solo a ellos se les puede reconocer que han practicado «el auténtico monoteísmo». Y, por lo tanto, claro está, han participado de su asombroso éxito. Fue su generación, justo después del entierro de Mahoma, la que se embarcó en primer lugar en la conquista del mundo —y la que, aún es más, la logró—. Los hombres que encabezaron aquel ataque glorioso y victorioso, una serie de líderes conocidos como *califas* o «sucesores» del Profeta, habían sido célebres amigos íntimos de Mahoma. El primero, un veterano entrecano que respondía al nombre de Abu Bakr, había sido su compañero durante la peligrosa huida a Medina, y también el padre de su esposa favorita; el segundo, Omar, había sido su cuñado; el tercero, Otmán, había estado casado con una de sus hijas; el cuarto, Alí ibn Abi Talib, había disfrutado del linaje más espléndido posible: fue el primer hombre en convertirse al islam, un paso que había dado a la temprana edad de nueve años; además, era primo del Profeta y, finalmente, ascendió hasta convertirse también, por si fuera poco, en su yerno.* Estos hombres tan solo habían reinado durante treinta años en total, pero, para cuando Al-Jahiz estaba comenzando a escribir, ellos ya iban, sin duda, camino de ser consagrados como auténticos modelos —*ar-Rashidun*, «los Bien Guiados»— por la vasta mayoría de los musulmanes. Por supuesto, no es que su período en el gobierno pudiera siquiera compararse con el de Mahoma en Medina; pero aun así, como cualquier edad dorada, llegó en un momento glorioso. «Porque en aquella época —tal y como afirmó Al-Jahiz con añoranza— no existía nada parecido a las acciones ofensivas o las innovaciones escandalosas, no había actos de desobediencia, envidia, rencor o rivalidad.»²³ El islam todavía era impecablemente islámico.

* En algunas tradiciones, de hecho, se le presenta como el hermano del Profeta: el Aarón del Moisés de Mahoma.

Pero detrás de todo verano debe llegar un invierno; y tras toda edad de oro, una edad de hierro. En 661, la era de los *Rashidun* alcanzó un sangriento y trágico final. Asesinaron al califa Alí. Luego, dos décadas después, su hijo fue abatido en la batalla; los labios que habían besado al Profeta eran burlonamente aguijoneados por el palo de un conquistador. Para entonces, una dinastía de déspotas quraysíes, los omeyas, había clavado sus garras con fuerza en el califato y lo habían hecho suyo —para escándalo de los temerosos de Dios—. Los nuevos califas bebían vino, tenían monos como mascotas, se llamaban a sí mismos no los «sucesores del Profeta», sino los «sustitutos de Dios». Un comportamiento tan monstruoso como ese estaba destinado a tentar la ira del cielo; y, como no podía ser de otro modo, en 750 los omeyas fueron derrocados, obligados a huir y sistemáticamente perseguidos por vengativos escuadrones de la muerte. Sin embargo, los borrones y manchas de los casi cien años que habían permanecido en el poder no pudieron eliminarse con tanta facilidad. No importó que la dinastía que los sucedió en el trono califal, la de los abasíes, asegurara proceder del mismísimo tío de Mahoma... La edad dorada de los *Rashidun* no se restauró. Más bien al contrario, al igual que en los oscuros días que habían precedido a la llegada del Profeta, parecían reinar la novedad y la división. Proliferaron las sectas rivales... y también los califas rivales. Entre tanto, más allá de los palacios en los que los sucesores del Profeta vestían sedas y comían en platos de oro, los pobres se hallaban más oprimidos que nunca por la arrogancia de los poderosos, los ricos y los crueles. La pregunta no paraba de resonar implacablemente: ¿cómo se había estropeado todo? Y todavía más implacable: ¿cuál era la mejor forma de enderezarlo?

Solo dos siglos después de la hégira, hacía mucho tiempo que el último hombre que había visto al Profeta con vida había desaparecido de la faz de la tierra. Sin embargo, dado que estaban enfrentados por la escisión de los tiempos, la mayoría de los musulmanes sabía que no podía haber una solución verdadera a ningún problema si esta no contaba con la autorización de su amado Profeta. «En el mensajero de Dios —había informado el propio Dios a los fieles— tenéis un excelente ejemplo a seguir.»²⁴